

teatro costarricense: ¿QUO VADIS?

Fernando Durán Ayanegui

Me hallo ocupado en el cambio de una llanta, frente a mi casa, cuando se me acerca un rapazuelo del vecindario, un joven de diez u once años, y me pregunta a boca de jarro: —Usted es doctor, ¿verdad?

Dejo a un lado llave de ranas y, como quien no quiere la cosa, le respondo: —Doctor en química, sí. ¿Por qué?

El niño reflexiona mientras observa cómo coloco la gata en el lugar correcto, y por fin vuelve a preguntar: —Usted es el doctor que escribió un cuento, ¿verdad?

—Bueno —admito— de vez en cuando me da por escribir un cuento. ¿Por qué me lo pregunta?

Ahora he comenzado a girar la manivela de la gata de manera que la atención del chiquillo se desvía por un momento del tema que quería traer a cuento, pero muy pronto vuelve a la carga:

—Es que yo no sabía si era usted, porque no se parece al de la foto.

—¿De cuál foto me está hablando?

—De la que pusieron en el programa del teatro —me dice y comienza a explicarme que la noche anterior estuvo en la sala de Bellas Artes, en la Universidad, viendo "El Trasiego", un trabajo colectivo que, como se sabe, incluye fragmentos de dos relatos, uno de Fabián Dobles y otro de quien escribe.

—Usted sabe —continúa el rapazuelo tras obligarme a escuchar una detallada descripción del espectáculo— yo nunca había ido al teatro. A ver películas sí, pero al teatro *de ese* no, nunca.

—¿Y le gustó?

—Sí, claro. Es muy canela.

—¿Te gustaría volver, cuando presenten otra cosa?

—Claro que sí, yo no sabía que era tan bonito.

Me detengo, entonces, a pensar en que el teatro acaba de ganarse un espectador y en que, pese a la *mala crítica* que ha tenido "El Trasiego", en el caso de este chiquillo ha cumplido la función de hacer que dé el primer paso en el largo camino que conduce desde el no saber cómo es el teatro *de ese* hasta —espero— Ibsen, Brecht, Shakespeare, etc.

Resulta ser que el amiguito éste es hijo de un obrero muy humilde, está en quinto o sexto grado, y según me cuenta se encontró en el autobús con un estudiante de



Artes Dramáticas que le ofreció dejarlo "entrar de gratis" al Teatro de Bellas Artes y, como "El Trasiego" le pareció "tan canela" quieré que de ahora en adelante yo le traiga "entradas" para ver lo que monta el Teatro Universitario.

Me pregunto yo si algunas de las reservas que se han expresado contra la ligereza de un espectáculo como "El Trasiego" no pierden sentido cuando con él es posible "echarles el anzuelo" a espectadores potenciales que, como el chiquillo de la historia, no han encontrado aún razones "intelectuales" para acercarse al teatro. Lo importante, ahora, sería saber si para este pececillo teatrófilo se puede crear una secuencia de *carnadas* dramáticas capaces de pescarlo definitivamente. Me siento dispuesto a "conseguirle" entradas y espero que arrastre con él a los demás chiquillos de la "barra": son muchos, son costarricenses, son inteligentes y se merecen el placer de amar al teatro.

Claro que en "El Trasiego" figuran algunas "malas palabras" que les causaron disgusto a ciertos espectadores, pero se trata de un detalle menudo que me trae a la memoria otro hecho. Recuerdo que mis tres hijas mayores —tengo cuatro— siendo todavía escolares descubrieron una vez en mi biblioteca un ejemplar de las obras completas de García Lorca. Yo las escuchaba cuando, a la hora de acostarse, llenaban de carcajadas nuestro departamento de estudiante, allá en Bélgica, no pocas veces a causa de ciertas inofensivas malas palabras que Federico puso en boca de sus personajes. Desde aquellas risas han pasado muchos años, pero hoy descubro que con ellas comenzó un camino en el curso del cual Nancy, la tercera, a la edad de nueve años se lanzó a la tarea de colaborar con el Teatro del Angel como actriz infantil en "los Cuernos de don Friolera" de Valle Inclán, y un día de estos, Sylvie, la segunda, picoteaba en la máquina de escribir una adaptación propia del texto francés de "La Casa de Bernarda Alba", que se propone "montar" con un grupo de compañeras en el Liceo Franco Costarricense.

La cuestión, pienso yo, para la dramaturgia nacional, consiste no sólo en saber qué se debe escribir para el teatro costarricense, sino también en cómo tener para quién escribirlo. "El Trasiego" y García Lorca, cada uno en su tono y en su esfera, podrían ser recursos válidos, pese a las "malas palabras", para alcanzar ese *quién*.